Uno

Intenta comer algo, Will. Mañana es un gran día, a pesar de todo —dijo Jenny.

Rubia, guapa y alegre, Jenny gesticuló hacia el plato casi intacto de Will y le sonrió dándole ánimos. Will hizo un intento por devolverle la sonrisa pero fue un rotundo fracaso. Picoteó del plato ante sí, amontonando sus alimentos favoritos. Esa noche, la tensión y las expectativas le provocaban un nudo en el estómago, y difícilmente podría obligarse a probar bocado.

Mañana iba a ser un gran día, lo sabía. Lo sabía demasiado bien, de hecho. Mañana iba a ser el día más grande de su vida, porque mañana sería el día de la Elección y determinaría a qué se iba a dedicar el resto de su vida.

—Nervios, imagino —dijo George, al tiempo que dejaba su tenedor cargado y se cogía las solapas de la chaqueta en un gesto reflexivo. Era un muchacho estudioso, delgado y larguirucho, fascinado por las normas y los reglamentos y afi-

cionado a examinar y debatir ambos lados de cualquier tema, a veces de manera muy extensa—. Cosa horrible, los nervios. Pueden paralizarte hasta el punto de que no puedes pensar, no puedes comer, no puedes hablar.

—No estoy nervioso —dijo Will rápidamente al darse cuenta de que Horace había levantado la mirada, listo para hacer un comentario sarcástico.

George asintió varias veces, considerando la afirmación de Will.

—Por otro lado —añadió—, en realidad un poco de nerviosismo puede mejorar el rendimiento. Puede elevar tu percepción y agudizar tus reacciones. Así que el hecho de que estés preocupado, si en realidad lo estás, no es necesariamente, de por sí, algo por lo que preocuparse, por así decirlo.

A pesar de la falta de ganas, Will esbozó una sonrisa irónica. Sabía que George poseía un talento innato para el mundo de las leyes. Sería, casi con certeza, la elección del maestro escribano a la mañana siguiente. Quizás, pensó Will, aquél era el meollo de su propio problema. Él era el único de los cinco compañeros que sentía algún temor sobre la Elección, que tendría lugar en doce horas.

—¡Debería estar nervioso! —se burló Horace—. Después de todo, ¿qué maestro le va a querer como aprendiz?

—Estoy segura de que todos estamos nerviosos —dijo Alyss. Dirigió una de sus extrañas sonrisas a Will—. Seríamos estúpidos si no lo estuviéramos.

—¡Bueno, yo no lo estoy! —dijo Horace, poniéndose rojo al tiempo que Alyss levantaba una ceja y Jenny soltaba una risita.

Era típico de Alyss, pensó Will. Sabía que a la esbelta y elegante muchacha ya le habían prometido una plaza de aprendiza con lady Pauline, responsable del Servicio Diplomático del castillo de Redmont. Su forma de fingir que estaba nerviosa por el día siguiente y su tacto al no mencionar la pifia de Horace mostraban que ya era una diplomática de cierta habilidad.

Jenny, por supuesto, se dirigiría de inmediato a las cocinas del castillo, dominio del maestro Chubb, primer chef de Redmont. Era un hombre reconocido en todo el reino por los banquetes que se servían en el enorme comedor del castillo. A Jenny le encantaban la comida y cocinar, y su naturaleza de trato fácil y su infalible buen humor harían de ella un miembro inestimable del personal en la agitación de las cocinas del castillo.

La elección de Horace sería la Escuela de Combate. Will observó entonces a su compañero, que atacaba hambriento el pavo asado con jamón y patatas con el que había colmado su plato. Horace era grande para su edad y atleta de nacimiento. Las probabilidades de que le rechazaran eran prácticamente inexistentes. Era justo el tipo de recluta que sir Rodney buscaba en sus guerreros aprendices: fuerte, atlético, en forma. Y, pensó Will con una pizca de amargura, no muy brillante. La Escuela de Combate era la senda hacia la condición de caballero para chicos como Horace, nacidos plebeyos pero con la capacidad física necesaria para servir como caballeros del reino.

Y que daba Will. ¿Cuál sería su elección? Más importante aún, como apuntó Horace, ¿qué maestro de oficios le aceptaría como aprendiz?

El día de la Elección era el momento fundamental en la vida de los pupilos del castillo. Se trataba de niños huérfanos educados gracias a la generosidad del barón Arald, señor del feudo de Redmont. En la mayoría de los casos, sus padres habían muerto al servicio del feudo y el barón tomó como su responsabilidad el cuidado y la educación de los hijos de sus antiguos súbditos y el darles la oportunidad de mejorar su situación en la vida siempre que fuera posible.

El día de la Elección daba esa oportunidad.

Cada año, los pupilos del castillo que rondaban los quince podían solicitar ser aprendices de los maestros de los diversos oficios que atendían el castillo y a su gente. Normalmente se seleccionaba a los aprendices en función de la ocupación o la influencia de sus padres sobre los maestros. Los pupilos no solían tener tal influencia y ésta era su oportunidad de labrarse su propio futuro.

Aquellos que no fueran elegidos o para quienes no fuera posible encontrar una vacante serían asignados a familias granjeras del pueblo cercano como mano de obra para cultivar las cosechas y criar los animales con que se alimentaban los habitantes del castillo. Will sabía que algo así era poco frecuente. El barón y sus maestros se esforzaban mucho en encajar a los pupilos en uno u otro oficio. Pero podía ocurrir y era un destino que temía más que a cualquier otra cosa.

Horace llamó su atención y le brindó una sonrisa de suficiencia.

—¿Todavía piensas en solicitar la Escuela de Combate, Will? —preguntó con la boca llena de pavo y patatas—. Entonces mejor come algo. Te va a hacer falta coger unas pocas fuerzas.

Soltó una risotada y Will lo fulminó con la mirada. Algunas semanas atrás, Horace oyó cómo Will le confiaba a Alyss que tenía unas ganas desesperadas de ser elegido para la Escuela de Combate, y desde ese momento le hizo la vida imposible, asegurando cada vez que se le presentaba la ocasión que la complexión delgada de Will era por completo inapropiada para los rigores del entrenamiento de la Escuela de Combate.

El hecho de que con toda probabilidad Horace tuviera razón no hacía sino empeorar las cosas. Mientras que éste era alto y musculoso, Will era bajo y flaco. Era ágil, rápido y sorprendía su fuerza, pero simplemente no tenía el tamaño que sabía que se requería a los aprendices de la Escuela de Combate. Durante los últimos años había confiado contra todo pronóstico en poder dar lo que la gente llamaba el «estirón» antes de que llegase el día de la Elección. Pero aquello nunca sucedió y ahora ese día ya estaba a la vuelta de la esquina.

Como Will no dijo nada, Horace sintió que sus palabras habían hecho blanco. Esto era una rareza en su turbulenta relación. Durante los últimos años Will y él habían chocado en repetidas ocasiones. Al ser el más fuerte de los dos, Horace solía vencer a Will, aunque muy ocasionalmente la agilidad y velocidad de éste le permitían dar una patada por sorpresa o un puñetazo y escapar antes de que Horace pudiese atraparle.

Pero aunque Horace por lo general se llevaba la mejor parte en sus enfrentamientos físicos, para él era raro ganar uno de sus encuentros verbales. El ingenio de Will era tan ágil como todo él y casi siempre se las apañaba para tener la

última palabra. De hecho, esta tendencia era la que solía generar los problemas entre ambos: Will aún debía aprender que tener la última palabra no siempre era una buena idea. Horace había decidido ahora hacer más grande su ventaja.

—Necesitas músculos para entrar en la Escuela de Combate, Will. Músculos de verdad —dijo al tiempo que miraba a los demás alrededor de la mesa para ver si alguien estaba en desacuerdo.

El resto de los pupilos, incómodos ante la creciente tensión entre los dos muchachos, se concentró en sus platos.

—Entre las orejas, especialmente —replicó Will, y, por desgracia, Jenny no pudo evitar una risita.

La cara de Horace enrojeció y comenzó a levantarse de su asiento. Pero Will era más rápido y ya estaba en la puerta antes de que Horace se librara de su silla. Se contentó con lanzar un insulto final ante su compañero en retirada.

—¡Eso es! ¡Huye, Will No-sé-qué! ¡Eres un desconocido y nadie te va a querer como aprendiz!

Fuera, desde la antesala, Will escuchó la pulla de despedida y sintió cómo la sangre le sonrojaba las mejillas. Era la burla que más odiaba, aunque había intentado evitar que Horace lo supiera pues sentía que en tal caso le estaría dando un arma al grandullón.

Lo cierto es que nadie conocía el apellido de Will. Nadie sabía quiénes habían sido sus padres. Al contrario que sus compañeros, que ya vivían en el feudo antes de la muerte de sus padres y de cuyas familias se conocía la historia, Will surgió prácticamente de la nada, como un bebé recién nacido. Le habían encontrado envuelto en una pequeña manta

dentro de un canasto en las escaleras del edificio de los pupilos, la Sala, quince años atrás. Una nota acompañaba la manta; tan sólo decía:

Su madre murió en el parto.
Su padre murió como un héroe.
Por favor, cuiden de él. Su nombre es Will.

Aquel año sólo hubo otro pupilo. El padre de Alyss fue un teniente de caballería que murió en la batalla del monte Hackham, cuando el ejército de wargals de Morgarath fue derrotado y conducido de vuelta a las montañas. La madre de Alyss, destrozada por su pérdida, sucumbió a la fiebre unas semanas después de dar a luz. Así que había sitio de sobra en la Sala para el niño desconocido y el barón Arald era, en el fondo, un hombre bondadoso. Aunque las circunstancias no eran las habituales, dio permiso para que Will fuera aceptado como pupilo en el castillo de Redmont. Parecía lógico suponer que, si la nota era cierta, el padre de Will habría muerto en la guerra contra Morgarath, y como el barón Arald tuvo una destacada participación en aquella guerra, se sintió en la obligación de honrar el sacrificio del padre desconocido.

Así que Will se convirtió en un pupilo de Redmont, que creció y se educó por la generosidad del barón. Según pasó el tiempo, los otros se unieron gradualmente a Alyss y a él hasta que fueron cinco en el grupo de su edad. Pero mientras que los otros tenían recuerdos de sus padres o, en el caso de Alyss, gente que los había conocido y le podía hablar de ellos, Will no sabía nada acerca de su pasado.

Aquél era el motivo de haber inventado la historia que le sostuvo durante su infancia en la Sala. Y, conforme pasaron los años y añadió detalles y color al relato, él mismo acabó por creérselo.

Sabía que su padre había muerto como un héroe, así que tenía sentido crearse una imagen de él como tal: un caballero, un guerrero, con su armadura completa, en plena lucha contra las hordas de wargals, acabando con ellos a diestro y siniestro hasta que finalmente se vio superado por pura cuestión de número. Will había dibujado muy a menudo en su mente a tan alto personaje, viendo cada detalle de su armadura y los complementos de ésta, pero sin ser capaz nunca de ver su rostro.

Como guerrero, su padre esperaría de él que siguiera sus pasos. Por eso era tan importante para Will que le seleccionaran para la Escuela de Combate. Y por eso, cuanto menores eran las posibilidades de que le seleccionaran, más desesperadamente se asía a la esperanza de que ocurriese.

Salió del edificio de la Sala al patio ensombrecido del castillo. El sol se había puesto hacía rato y las antorchas situadas cada veinte metros sobre las murallas del castillo emitían una parpadeante luz irregular. Vaciló un momento. No regresaría a la Sala para enfrentarse a las continuas burlas de Horace. Hacerlo sólo conduciría a otra pelea entre ambos, una pelea que Will sabía probablemente perdida. George intentaría analizar la situación por él, mirando ambos lados de la cuestión y convirtiendo el tema en algo totalmente confuso. Sabía que Alyss y Jenny intentarían reconfortarle —en particular Alyss, ya que habían crecido juntos—, pero en aquel

momento ni quería su compasión ni podía enfrentarse a las pullas de Horace, así que se dirigió al único lugar donde sabía que podía encontrarse a solas.

La enorme higuera que crecía cerca de la torre central del castillo le había proporcionado con frecuencia un refugio. A Will no le daban miedo las alturas y trepó al árbol sin problemas, siguiendo mucho más allá de donde otro podía haberse parado, hasta llegar a las ramas más delgadas, en la misma copa —ramas que oscilaban y cedían bajo su peso—. En el pasado había escapado de Horace allí arriba muchas veces. El grandullón no podía igualar la velocidad de Will en el árbol y era incapaz de seguirle tan alto. Will encontró una horqueta apropiada y se encajó en ella, abandonando ligeramente su cuerpo al movimiento del árbol según las ramas oscilaban en la brisa del anochecer. Abajo, las figuras escorzadas de la guardia hacían sus rondas por el patio del castillo.

Oyó abrirse la puerta del edificio de la Sala y, mirando hacia abajo, vio aparecer a Alyss, que le buscaba en vano por el patio. La esbelta muchacha dudó unos instantes, pareció encogerse de hombros y regresó dentro. El alargado rectángulo de luz que la puerta abierta arrojaba sobre el patio se cortó cuando ella la cerró con suavidad tras de sí. «Es extraño», pensó, «lo poco que la gente tiende a mirar hacia arriba».

Se produjo un susurro de plumas ligeras y una lechuza se posó en la rama contigua a la vez que giraba la cabeza, capturando con sus enormes ojos cada uno de los últimos rayos de la tenue luz; le estudió despreocupada, con la aparente convicción de que nada debía temer de él. El ave era una cazadora. Una voladora secreta. La dueña de la noche.

—Tú por lo menos sabes quién eres —le susurró a la rapaz. Ésta giró la cabeza de nuevo y partió hacia la oscuridad dejándole a solas con sus pensamientos.

Gradualmente, durante el tiempo que pasó allí sentado, las luces de las ventanas del castillo se fueron apagando, una por una. Las antorchas quedaron reducidas a cáscaras humeantes y el cambio de la guardia las sustituyó a medianoche. Por último, sólo quedó prendida una luz que él sabía era del estudio del barón, donde el señor de Redmont presumiblemente aún se encontraba trabajando, enfrascado en papeles e informes. El estudio estaba casi al nivel de la posición de Will en el árbol y pudo ver la corpulenta figura del barón sentada a su mesa. Por fin el barón Arald se levantó, se estiró y se inclinó hacia delante para extinguir la lámpara y salir de la habitación, dirigiéndose a sus aposentos en la planta superior. Ahora el castillo dormía, excepto los guardias en las murallas, que mantenían una vigilancia constante.

Will se dio cuenta de que en menos de nueve horas se enfrentaría a la Elección. En silencio, abatido, temiendo lo peor, descendió del árbol y tomó el camino de su cama en el dormitorio de los chicos, a oscuras, en la Sala.

Dos

Muy bien, candidatos! ¡Por aquí! ¡Y que se os vea alegres!

El que hablaba, o mejor dicho gritaba, era Martin, secretario del barón Arald. Su voz resonó por la antesala y los cinco pupilos se levantaron dubitativos de los largos bancos de madera donde habían permanecido sentados. Con nervios repentinos ahora que el día había llegado, comenzaron a andar hacia delante arrastrando los pies, cada uno reacio a ser el primero en atravesar la gran puerta de herrajes que Martin mantenía abierta para ellos.

—¡Vamos, vamos! —gritó Martin con impaciencia, y finalmente Alyss escogió encabezar la marcha, como Will imaginó que haría. Los demás siguieron a la esbelta muchacha rubia. Ahora que alguien había decidido ir a la cabeza, el resto era feliz yendo detrás.

Will miró con curiosidad a su alrededor al entrar en el estudio del barón. No había estado nunca en esta parte del cas-

tillo. La torre, que albergaba la sección administrativa y los aposentos privados del barón, rara vez recibía la visita de los de clase baja, como los pupilos del castillo. La estancia era enorme. El techo le pareció altísimo y los muros estaban hechos de bloques de piedra maciza, unidos entre sí sólo por mínimas capas de argamasa. En el muro del este había un enorme ventanal, abierto a los elementos pero con unas contraventanas de madera maciza que se podían cerrar en caso de mal tiempo. Advirtió que era la misma ventana a través de la cual había mirado él la noche anterior. Hoy, la luz del sol entraba y se posaba sobre la enorme mesa de roble que el barón utilizaba como escritorio.

—¡Vamos ya! ¡Id en fila, id en fila! —Martin parecía estar disfrutando de su momento de autoridad.

El grupo se puso en fila lentamente y los estudió, al tiempo que hacía una mueca de desaprobación.

—¡Por estatura! ¡El más alto aquí! —e indicó el extremo en que quería que se pusiera el más alto de los cinco.

Poco a poco el grupo se recompuso. Horace, por supuesto, era el más alto. Alyss ocupó su sitio tras él. Después George, media cabeza más bajo que ella y tan delgado que daba pena. Se colocó en su habitual postura encorvada. Will y Jenny dudaron. Jenny sonrió a Will y le hizo un gesto para que se situara antes que ella, aunque probablemente era un pelín más alta que él. Típico de Jenny. Sabía cuántas vueltas le daba él al hecho de ser el más bajo de todos los pupilos del castillo. Cuando Will se puso en la fila, la voz de Martin le detuvo.

—¡Tú no! La siguiente es la chica.

Jenny se encogió de hombros disculpándose y se colocó en el lugar que Martin había indicado. Will ocupó el último lugar en la fila deseando que Martin no hubiera hecho tan llamativa su falta de estatura.

—¡Venga! ¡Arreglaos, arreglaos! Veamos cómo os ponéis firmes —continuó Martin, para detenerse cuando una voz profunda le interrumpió.

—No creo que eso sea absolutamente necesario, Martin.

Era el barón Arald, que había entrado inadvertidamente por una puerta más pequeña tras su escritorio macizo. Ahora era Martin quien se había puesto en lo que él consideraría una posición de firmes, con los huesudos codos separados de los costados, los talones juntos a la fuerza de manera que sus piernas inequívocamente arqueadas quedaban muy separadas por las rodillas, y la cabeza echada hacia atrás.

El barón Arald miró al cielo. A veces, el fervor de su secretario en estas ocasiones podía ser abrumador. El barón era un hombre grande, ancho de hombros y cintura y muy musculoso, como correspondía a un caballero del reino. Era bien sabido, sin embargo, el aprecio del barón Arald por la comida y la bebida, así que su considerable mole no era totalmente atribuible al músculo.

Tenía una corta barba negra, arreglada con esmero, que, como su cabello, comenzaba a mostrar las trazas grisáceas acordes con sus cuarenta y dos años. Poseía una mandíbula prominente, una nariz larga y unos penetrantes ojos oscuros bajo las pobladas cejas. Era una cara poderosa pero no desagradable, pensó Will. Había un sorprendente atisbo de humor en esos ojos oscuros. Ya lo había notado antes, en las

infrecuentes ocasiones en que Arald visitaba las dependencias de los pupilos para ver cómo avanzaban sus clases y la evolución de cada uno.

—¡Señor! —dijo Martin a todo volumen, propiciando que el barón se estremeciera ligeramente—. ¡Hemos reunido a los candidatos!

—Ya lo veo —replicó el barón con paciencia—. ¿Tendría usted quizás la bondad de pedir también a los maestros que participen?

—¡Señor! —respondió Martin intentando hacer sonar sus talones al chocar.

Como llevaba un calzado de cuero blando flexible, el intento estaba condenado al fracaso. Todo codos y rodillas, marchó en dirección a la puerta principal del estudio. A Will le recordó a un gallo. Cuando Martin posó su mano en el pomo de la puerta, el barón le detuvo una vez más.

—¿Martin? —dijo en voz baja. Continuó en el mismo tono, a la vez que el secretario se giraba y le dirigía una mirada inquisitiva—: Pídaselo. No les grite. A los maestros no les gusta.

—Sí, señor —dijo Martin con apariencia algo desinflada. Abrió la puerta y, haciendo un esfuerzo evidente por hablar en un tono más bajo, añadió—: Maestros, el barón ya está listo.

Los responsables de la Escuela de Oficios entraron en la estancia sin ningún orden de prioridad. Como grupo, se admiraban y respetaban unos a otros y rara vez procedían de forma estrictamente ceremonial. Sir Rodney, responsable de la Escuela de Combate, entró el primero. Alto y ancho de hombros como el barón, llevaba el traje de campaña normal de

camisa de cota de malla bajo una sobrevesta blanca blasonada con su propio escudo, una cabeza de lobo escarlata. Se había ganado aquel escudo en su juventud, combatiendo a los navíos de los saqueadores del mar de Skandia, que constantemente hostigaban la costa este del reino. Portaba un cinto y una espada, por supuesto. Ningún caballero se mostraría en público sin una. Era más o menos de la edad del barón, con ojos azules y una cara muy bien parecida de no haber sido por la nariz destrozada. Lucía un inmenso bigote pero, al contrario que el barón, no llevaba barba.

Detrás entró Ulf, el maestro de doma, responsable del cuidado y entrenamiento de los poderosos caballos de combate del castillo. Tenía unos vivos ojos marrones, fuertes antebrazos musculosos y muñecas sólidas. Vestía un sencillo chaleco de cuero sobre una camisa de lana y calzas. Las botas altas de montar de cuero flexible le llegaban por encima de las rodillas.

Lady Pauline siguió a Ulf. Delgada, de pelo cano y elegante, había sido una gran belleza en su juventud y aún conservaba la gracia y el estilo para hacer que los hombres se volvieran. Lady Pauline, a quien se le había concedido el título por derecho propio debido a su trabajo en la política exterior del reino, dirigía el Servicio Diplomático de Redmont. El barón Arald tenía sus habilidades en alta estima y ella era uno de sus confidentes y consejeros cercanos. Arald solía decir que las chicas eran los mejores reclutas para el Servicio Diplomático. Tendían a ser más sutiles que los chicos, atraídos de forma natural hacia la Escuela de Combate. Y mientras que los chicos veían los medios físicos como el modo de solu-

cionar los problemas, se podía confiar en que las chicas utilizarían su ingenio.

Quizás se tratase sólo de algo natural el que Nigel, maestro escribano, siguiera muy de cerca a lady Pauline. Habían estado discutiendo algunos temas de interés mutuo mientras esperaban a que Martin los convocara. Nigel y lady Pauline eran amigos íntimos y compañeros de trabajo. Eran los escribanos entrenados por Nigel quienes preparaban los documentos oficiales y comunicados que tan a menudo enviaban los diplomáticos de lady Pauline. Él también asesoraba sobre la formulación precisa de aquellos documentos ya que contaba con una extensa experiencia en asuntos legales. Nigel era un hombre bajo y enjuto con un rostro vivo, curioso, que a Will le recordaba a un hurón. Su pelo era de un negro brillante; sus facciones, delgadas; y sus ojos oscuros nunca dejaban de recorrer la estancia.

El maestro Chubb, primer chef, entró en último lugar. Como era inevitable, se trataba de un hombre gordo, barrigón, ataviado con una blanca chaqueta de cocinero y un gorro alto. Era célebre su terrible carácter, capaz de inflamarse tan rápido como el aceite derramado en el fuego, y la mayoría de los pupilos le trataba con una precaución considerable. De cara rubicunda y pelo rojizo en rápido retroceso, el maestro Chubb llevaba un cucharón de madera dondequiera que fuese. Era un bastón de mando no oficial. También lo empleaba a menudo como arma ofensiva, que aterrizaba con un crujido sonoro sobre las cabezas de los aprendices de cocina descuidados, olvidadizos o lentos. Única entre los pupilos, Jennifer veía a Chubb como algo parecido a un héroe.

Había confesado su intención de trabajar para él y aprender sus habilidades, con o sin cucharón de madera.

Había otros maestros, por supuesto. El maestro armero y el herrero eran dos de ellos. Pero hoy sólo se presentarían aquellos que tuvieran plazas vacantes para nuevos aprendices en ese momento.

—¡Los maestros están reunidos, señor! —dijo Martin subiendo el volumen de su voz.

Martin parecía relacionar de forma directamente proporcional el volumen con la importancia de la ocasión. El barón elevó de nuevo la mirada al cielo.

—Ya lo veo —dijo con calma, añadiendo después en un tono más formal—: Buenos días, lady Pauline; buenos días, caballeros.

Le respondieron y el barón se giró hacia Martin una vez más.

—¿Podríamos proceder, quizás?

Martin asintió varias veces, consultó un fajo de notas que sostenía en una mano y marchó a encarar la fila de candidatos.

—Bien, ¡el barón está esperando! ¡El barón está esperando! ¿Quién es el primero?

Will, con la mirada baja, cambiando nervioso el peso de su cuerpo de un pie a otro, tuvo de repente la sensación de que alguien le observaba. Levantó la vista y dio un respingo de sorpresa cuando se encontró con la oscura e insondable mirada de Halt, el montaraz.

No le había visto entrar en la habitación. Se dio cuenta de que el misterioso personaje debía de haberse deslizado ha-

cia el interior por la puerta lateral mientras todo el mundo centraba su atención en los maestros según hacían su entrada. Ahora se encontraba de pie, tras la silla del barón y ligeramente a un lado, vestido con sus habituales ropas de color marrón y gris y envuelto en su larga capa de montaraz, moteada de gris y verde. Halt era una persona desconcertante. Tenía el hábito de acercarse a ti cuando menos te lo esperabas, y nunca le oías llegar. Los supersticiosos aldeanos creían que los montaraces practicaban una forma de magia que los hacía invisibles ante la gente común. Will no estaba seguro de creer aquello, pero tampoco lo estaba de no creerlo. Se preguntó por qué Halt estaba hoy allí. No se le reconocía como uno de los maestros y, hasta donde Will sabía, no había asistido a ninguna Elección anterior a ésta.

Súbitamente, la mirada de Halt se apartó de él y fue como si se hubiera apagado un foco. Will advirtió que Martin estaba hablando de nuevo. Se percató de que el secretario tenía la costumbre de repetir las frases, como si le persiguiera su propio eco.

—Vamos a ver, ¿quién es el primero? ¿Quién es el primero?

El barón suspiró de forma audible.

—¿Por qué no empezamos por el primero de la fila? —sugirió en tono razonable, y Martin asintió varias veces.

—Por supuesto, mi señor. Por supuesto. El primero de la fila, un paso al frente y preséntese al barón.

Tras un instante de duda, Horace dio un paso al frente saliendo de la fila y permaneció firme. El barón le examinó unos segundos.

—¿Nombre? —dijo, y Horace respondió atrancándose ligeramente con la forma correcta de dirigirse al barón.

—Horace Altman, señor... mi señor.

—¿Y tienes alguna preferencia, Horace? —preguntó el barón con el aire de alguien que conoce cuál será la respuesta antes de oírla.

—¡Escuela de Combate, señor! —dijo Horace con firmeza.

El barón asintió. No esperaba menos. Miró a Rodney, que estaba analizando al chico pensativamente, evaluando su validez.

—¿Maestro de combate? —dijo el barón. Por lo general se habría dirigido a Rodney por su nombre de pila, no por su título. No obstante, ésta era una ocasión formal. De igual modo, lo habitual era que Rodney se dirigiese al barón como «señor», pero en un día como hoy «mi señor» era la manera apropiada.

El corpulento caballero avanzó, con la cota de malla y las espuelas tintineando levemente según se aproximaba a Horace. Miró al chico de arriba abajo y se situó detrás de él. La cabeza de Horace comenzó a girar con él.

—Quieto —dijo sir Rodney, y el muchacho dejó de moverse, fijando la mirada al frente—. Parece lo suficientemente fuerte, mi señor, y siempre me vienen bien nuevos reclutas —se rascó el mentón—. ¿Montas, Horace Altman?

Una mirada de inseguridad cruzó el rostro de Horace cuando se percató de que podía ser un obstáculo para que le seleccionaran.

—No, señor. Yo...

Estaba a punto de añadir que los pupilos del castillo tenían muy pocas oportunidades de aprender a montar, pero sir Rodney le interrumpió.

—No importa. Eso se puede enseñar —el corpulento caballero miró al barón y asintió—. Muy bien, mi señor. Lo tomo para la Escuela de Combate, sujeto al habitual período de prueba de tres meses.

El barón tomó nota en una hoja de papel que tenía delante y sonrió brevemente al encantado, y muy aliviado, joven ante sí.

—Enhorabuena, Horace. Preséntate en la Escuela de Combate mañana por la mañana. Ocho en punto.

—¡Sí, señor! —replicó Horace con una amplia sonrisa. Se volvió a sir Rodney e hizo una leve reverencia—. ¡Gracias, señor!

—No me lo agradezcas aún —replicó crípticamente el caballero—, no sabes la que te espera.

Tres

Quién es el siguiente? —llamó Martin mientras Horace volvía a la fila con una gran sonrisa.

Alyss se adelantó con elegancia, fastidiando a Martin, a quien le hubiera gustado designarla como el siguiente candidato.

—Alyss Mainwaring, mi señor —dijo con su tono suave y equilibrado. Acto seguido, antes de que pudieran preguntarle, continuó—: Solicito, por favor, el ingreso en el Servicio Diplomático, mi señor.

Arald sonrió a la muchacha de solemne apariencia. Tenía un aire de confianza en sí misma y desenvoltura que le vendría muy bien en el Servicio. El barón miró a lady Pauline.

—¿Mi señora? —dijo.

Ella asintió varias veces con la cabeza.

—Ya he hablado con Alyss, mi señor. Creo que será una candidata excelente. Aprobada y aceptada.

Alyss inclinó ligeramente la cabeza en dirección a la dama que iba a ser su mentora. Will pensó en cuánto se parecían: ambas altas y de movimientos elegantes, ambas de actitud seria. Sintió una pequeña oleada de alegría por su más antigua compañera, consciente de lo mucho que había deseado ella esta selección. Alyss regresó a la fila y Martin, para que no se le anticiparan esta vez, ya estaba señalando a George.

—¡Sí! ¡Eres el siguiente! ¡Eres el siguiente! Dirígete al barón.

George se adelantó un paso. Su boca se abrió y se cerró varias veces pero de ella no salió nada. Los otros pupilos miraron sorprendidos. A George, considerado de largo por todos ellos como el abogado oficial de prácticamente todo, le estaba superando el miedo escénico. Al final consiguió decir en voz baja algo que nadie en la estancia pudo oír. El barón Arald se inclinó hacia delante llevándose una mano detrás de la oreja.

—Perdona, no he entendido nada —dijo.

George levantó la mirada hacia el barón y, con un esfuerzo tremendo, habló en un tono apenas audible.

—G-George Carter, señor. Escuela de Escribanos, señor.

Martin, siempre un purista de las normas de conducta, tomó aire para reprenderle por lo truncado de su discurso. Antes de que pudiera hacerlo, y para el evidente alivio de todos, el barón intervino.

—Muy bien, Martin. Déjalo —Martin se mostró un poco ofendido aunque se sosegó. El barón miró a Nigel, su primer escribano y oficial en temas legales, con una ceja levantada a modo de interrogante.

—Aceptable, mi señor —dijo Nigel, y añadió—: He visto alguno de los trabajos de George y lo cierto es que tiene un don para la caligrafía.

El barón pareció dudar.

—Si bien no es el más contundente de los oradores, ¿no, maestro escribano? Eso podría ser un problema si alguna vez tiene que ofrecer consejo legal en el futuro.

Nigel minimizó la objeción.

—Le prometo, mi señor, que con el entrenamiento apropiado ese tipo de cosas no representa ningún problema. Ningún problema en absoluto, mi señor.

El maestro escribano juntó las manos en el interior de las anchas mangas de la túnica que vestía, similar al hábito de un monje, mientras se metía entusiasmado en su terreno.

—Recuerdo a un chico que se unió a nosotros hará unos siete años, bastante parecido al muchacho que tenemos aquí, de hecho. Tenía esa misma costumbre de hablarle al cuello de su camisa, pero enseguida le enseñamos a superarlo. Algunos de nuestros más renuentes oradores han llegado a desarrollar una elocuencia absoluta, mi señor, elocuencia absoluta.

El barón inspiró para hacer un comentario, pero Nigel continuó con su discurso.

—Le puede llegar a sorprender incluso oír que, cuando era un muchacho, yo mismo sufrí el tartamudeo nervioso más terrible. Absolutamente terrible, mi señor. Apenas si podía decir dos palabras seguidas.

—Lo cual veo que ya no es un problema —consiguió terciar con sequedad el barón, y Nigel sonrió aceptándolo.

Le hizo una reverencia.

—Exactamente, mi señor. Pronto ayudaremos al joven George a superar su timidez. Nada como la agitación y el jaleo de la Escuela de Escribanos para eso. Absolutamente.

El barón sonrió a su pesar. La Escuela de Escribanos era un lugar de estudio donde rara vez, si acaso, se levantaba la voz y donde imperaba el debate lógico y razonado. Personalmente, en sus visitas a aquel sitio, lo había encontrado aburrido en extremo. No era capaz de imaginarse nada con una atmósfera de menos agitación y jaleo.

—Le tomaré la palabra al respecto —replicó, y después le dijo a George—: Muy bien, George, petición concedida. Preséntate mañana en la Escuela de Escribanos.

George arrastró los pies con torpeza.

—Sshhs-guissh-shsuis —dijo, y el barón se volvió a inclinar hacia delante, frunciendo el ceño mientras intentaba descifrar las palabras en tono grave.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó

George por fin miró hacia arriba y consiguió susurrar:

—Gracias, mi señor.

Arrastró apresuradamente los pies de vuelta al relativo anonimato de la fila.

—Ah —dijo el barón recuperando un poco su posición—, no es nada. Y el siguiente ahora es...

Jenny ya estaba dando un paso al frente. Rubia y guapa, era también, había que admitirlo, un poco gordita. Pero ese aspecto le iba bien, y en cualquiera de los actos sociales del castillo era una de las parejas de baile más solicitadas por los muchachos, tanto los compañeros de su edad como los hijos del personal del castillo.

—¡Maestro Chubb, señor! —dijo ella al tiempo que avanzaba hasta el borde del escritorio del barón. Éste observó la cara redonda, vio la emoción brillar en los ojos azules y no pudo evitar sonreírle.

—¿Qué pasa con él? —preguntó con amabilidad, y ella dudó al percatarse de que, en su entusiasmo, había violado el protocolo de la Elección.

—¡Oh! Disculpe, señor... mi... barón... su señoría —improvisó precipitadamente, dejándose llevar por su lengua, mientras destrozaba la forma correcta del discurso.

—¡Mi señor! —le apuntó Martin.

El barón le miró con las cejas arqueadas.

—¿Sí, Martin? —dijo—. ¿Qué pasa?

Martin tuvo la gentileza de parecer avergonzado. Sabía que su señor estaba malinterpretando intencionadamente su interrupción. Respiró hondo y dijo en tono de disculpa:

—Yo... tan sólo deseaba informarle de que el nombre de la candidata es Jennifer Dalby, señor.

El barón asintió y Martin, leal sirviente del fornido barbudo, vio una mirada de aprobación en los ojos de su señor.

—Gracias, Martin. Bien, Jennifer Dalby...

—Jenny, señor —dijo la irrefrenable muchacha, y él se encogió de hombros con resignación.

—Jenny, pues. Supongo que estás solicitando ser aprendiza del maestro Chubb, ¿no?

—¡Oh, sí, señor, por favor! —replicó Jenny sin aliento, a la vez que dedicaba una mirada de adoración al corpulento cocinero pelirrojo.

Chubb frunció el ceño pensativo y la contempló.

—Mmm... Podría ser, podría ser —masculló mientras caminaba hacia delante y hacia atrás frente a ella, que le sonrió de manera encantadora. Pero Chubb se encontraba fuera del alcance de tales tretas femeninas.

—Trabajaré duro, señor —le dijo de todo corazón.

—¡Sé que lo harás! —le contestó con cierto temple—. Me aseguraré de ello. Déjame decirte que en mi cocina no se holgazanea ni se hace el vago.

Con el temor de que su oportunidad pudiera estar escapándose, Jenny jugó su baza.

—Tengo el tipo adecuado para ello —dijo.

Chubb debió admitir que estaba bien rellenita. Arald tuvo que ocultar una sonrisa, no por primera vez esa mañana.

—En eso tiene razón, Chubb —indicó, y el cocinero se giró en su dirección aceptándolo.

—El tipo es importante, señor. Todos los grandes cocineros tienden a estar... rellenitos —se volvió hacia la chica, aún considerándolo. A todos los demás les había ido muy bien aceptando a sus aprendices en un abrir y cerrar de ojos, pensaba. Pero cocinar era algo especial—. Cuéntame —dijo a la ansiosa muchacha—, ¿qué harías con un pastel de pavo?

Jenny le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Comérmelo —respondió de inmediato.

Chubb la golpeó en la cabeza con el cucharón que llevaba.

—Quiero decir que cómo lo cocinarías —preguntó.

Jenny dudó, ordenó sus pensamientos y a continuación se zambulló en una extensa descripción técnica sobre cómo elaboraría ella tal obra maestra. Los otros cuatro pupilos, el barón, sus maestros y Martin escuchaban algo intimidados,

sin la menor comprensión de lo que ella decía. Chubb, sin embargo, asintió varias veces conforme ella hablaba, e interrumpió en el instante en que detallaba cómo estirar la masa.

—¿Nueve veces, dices? —preguntó con curiosidad, y Jenny asintió, segura de dónde pisaba.

—Mi madre siempre decía: «Ocho veces para conseguir el hojaldre y una más por amor» —le respondió. Chubb asintió pensativo.

—Interesante, interesante —dijo él, y después, levantando la vista hacia el barón, asintió—. La tomaré, mi señor.

—Qué sorpresa —dijo gentilmente el barón, y después añadió—: Muy bien, preséntate en las cocinas por la mañana, Jennifer.

—Jenny, señor —le corrigió de nuevo la muchacha con una sonrisa que iluminaba la estancia.

El barón Arald sonrió. Miró al pequeño grupo ante sí.

—Y esto nos deja con un candidato más.

Echó un vistazo a su lista y levantó la mirada en busca de los angustiados ojos de Will, con un gesto de ánimo.

Will dio un paso al frente, tan nervioso que la garganta se le secó de repente de forma que su voz surgió casi en un susurro.

—Will, señor. Me llamo Will.

Cuatro

Will? ¿Will qué? —preguntó Martin, exasperado, al tiempo que leía por encima las hojas de papel con los detalles escritos de los candidatos.

Era el secretario del barón desde hacía sólo cinco años y no sabía nada de la historia de Will. Se dio cuenta de que no figuraba ningún apellido en los papeles del chico y, asumiendo que se le había pasado por alto el error, se enfadó consigo mismo.

—¿Cuál es tu apellido, muchacho? —preguntó con severidad.

Will le miró, dubitativo, odiando la situación.

—Yo... no tengo... —comenzó, pero el barón intercedió compasivo.

—Will es un caso especial, Martin —dijo con calma y una mirada que le decía al secretario que dejara el tema. Se volvió hacia Will, a la vez que sonreía para alentarle—. ¿Qué escuela te gustaría solicitar, Will? —preguntó.

—Escuela de Combate, por favor, mi señor —contestó intentando parecer seguro en su elección.

El barón frunció el ceño y Will sintió que sus esperanzas se desvanecían.

—¿La Escuela de Combate, Will? ¿No crees que eres... un poquito bajo? —preguntó el barón con amabilidad.

Will se mordió el labio. Casi se había convencido de que si lo deseaba con la suficiente fuerza, si creía lo bastante en sí mismo, le aceptarían; a pesar de sus obvios inconvenientes.

—Aún no he dado el estirón, señor —dijo desesperado—. Todo el mundo lo dice.

El barón se pellizcó el barbudo mentón con el pulgar y el índice mientras contemplaba al chico que tenía delante. Miró a su maestro de combate.

—¿Rodney? —dijo.

El alto caballero avanzó, estudió a Will por un instante o dos y sacudió lentamente la cabeza.

—Me temo que es demasiado bajo, mi señor —dijo.

Will sintió que una mano fría le aferraba el corazón.

—Soy más fuerte de lo que parece, señor —dijo, pero al maestro de combate no le afectó la súplica. Miró al barón, descontento a las claras por las circunstancias, y meneó la cabeza.

—¿Alguna otra elección, Will? —preguntó el barón. Su voz era amable, incluso preocupada.

Will dudó un largo rato. Nunca había considerado ninguna otra posibilidad.

—¿La Escuela de Doma, señor? —preguntó por fin.

La Escuela de Doma cuidaba y entrenaba los poderosos caballos de combate que montaban los caballeros del castillo.

Al menos era un nexo con la Escuela de Combate, pensó Will. Pero Ulf, el maestro de doma, ya estaba negándolo con la cabeza antes incluso de que Arald solicitara su opinión.

—Necesito aprendices, mi señor —dijo—, pero éste es demasiado pequeño. Jamás controlaría a uno de mis caballos de combate. Le tirarían al suelo nada más verle.

Will contemplaba ahora al barón a través de un velo acuoso. Luchó desesperadamente por evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Aquélla sería la peor humillación: ser rechazado por la Escuela de Combate y desmoronarse después llorando como un crío delante del barón, los maestros y sus compañeros.

—¿Qué habilidades tienes, Will? —le preguntó el barón.

Se estrujó el cerebro. No se le daban bien las clases y los idiomas, como a Alyss. No era capaz de dar forma a letras claras, perfectas, como hacía George. Ni tampoco tenía el interés de Jenny por la cocina.

Y estaba claro que no tenía los músculos y la fuerza de Horace.

—Soy un buen escalador, señor —dijo por fin, viendo que el barón aguardaba a que dijera algo. Se percató al instante de que había sido un error. Chubb, el cocinero, le miró enfadado.

—Muy bien, sabe escalar. Recuerdo cuando trepó por un desagüe hasta mi cocina y robó una bandeja de dulces que se estaba enfriando en el alféizar de la ventana.

Will se quedó con la boca abierta ante aquella injusticia. ¡Había ocurrido dos años atrás! Quiso decir que era un crío entonces y que fue una simple travesura. Pero el maestro escribano tomó también la palabra.

—Y justo la pasada primavera escaló hasta nuestro estudio del tercer piso y soltó dos conejos durante uno de nuestros debates legales. De lo más perturbador. ¡Desde luego!

—¿Conejos, dice, maestro escribano? —dijo el barón, y Nigel asintió enfáticamente.

—Un macho y una hembra, mi señor, si usted me entiende —contestó—. ¡De lo más perturbador, sin duda!

Sin que Will lo viera, la muy seria lady Pauline ocultó su boca con una de sus elegantes manos. Pudo haber estado disimulando un bostezo, pero cuando retiró la mano las comisuras de sus labios apuntaban aún hacia arriba.

—Bueno, sí —dijo el barón—, todos sabemos cómo son los conejos.

—Y, como ya he dicho, mi señor, era primavera —prosiguió Nigel, por si acaso el barón no lo había cogido.

Lady Pauline soltó una tos impropia de una dama. El barón miró en su dirección, con cierta sorpresa.

—Creo que nos hacemos a la idea, maestro escribano —dijo, y volvió la vista a la figura desesperada que permanecía en pie frente a él.

Will mantuvo la barbilla alta y miró al frente. En ese momento el barón sintió lástima por el joven chaval. Pudo ver las lágrimas que brotaban de sus inquietos ojos marrones, contenidas sólo por una determinación infinita. «Fuerza de voluntad», pensó abstraído, reconociendo el mérito del muchacho. No disfrutaba obligando al chico a pasar por todo aquello, pero había que hacerlo. Suspiró para sus adentros.

—¿Podría alguno de ustedes sacar partido a este muchacho? —preguntó.

Contra su deseo, Will dejó que su cabeza girara y mirara suplicante a la fila de maestros, rezando por que alguno de ellos transigiera y le aceptase. Uno por uno y en silencio, todos menearon la cabeza.

Sorprendentemente, fue el montaraz quien rompió el horroroso silencio de la estancia.

—Hay algo que debería saber sobre este muchacho, mi señor —dijo.

Will jamás había oído hablar a Halt. Su voz era grave y baja, con el ligero deje del acento de Hibernia aún perceptible al pronunciar las erres.

Avanzó y entregó en mano al barón un papel dos veces doblado. Arald lo desdobló, estudió las palabras allí escritas y frunció el ceño.

—¿Estás seguro de esto, Halt? —dijo.

—Totalmente, mi señor.

El barón dobló de nuevo el papel y lo colocó sobre su mesa. Tamborileó pensativo con los dedos en el escritorio y dijo:

—Tendré que pensar en ello esta noche.

Halt asintió y retrocedió, dando al hacerlo la sensación de que se desvanecía contra el fondo. Will le miró inquieto, preguntándose qué información le habría pasado al barón el misterioso personaje. Como la mayoría de la gente, Will había crecido pensando que era mejor evitar a los montaraces. Se trataba de un grupo reservado, arcano, rodeado de un velo de misterio e incertidumbre, y esa incertidumbre conducía al temor.

A Will no le gustaba la idea de que Halt supiese algo sobre él, algo que sintió que era lo bastante importante como

para traerlo hoy, de entre todos los días, a la presencia del barón. La hoja de papel descansaba ahí, tentadoramente cerca pero increíblemente lejos.

Advirtió el movimiento que se estaba produciendo a su alrededor y que el barón hablaba al resto de la gente en la estancia.

—Enhorabuena a todos aquellos que habéis sido seleccionados hoy aquí. Es un gran día para todos vosotros, así que podéis disfrutar del resto de la jornada libre y pasarlo bien. Las cocinas os servirán un banquete en vuestras habitaciones y tenéis libertad durante todo el día para salir por el castillo y el pueblo.

»Lo primero que haréis mañana por la mañana será presentaros a vuestros nuevos maestros y, si me aceptáis un consejo, os aseguraréis de ser puntuales —sonrió a los otros cuatro y se dirigió a Will con un tono de comprensión en su voz—: Will, mañana te haré saber lo que he decidido para ti —se volvió hacia Martin y le hizo un gesto para que acompañara a los nuevos aprendices a la salida—. Gracias a todos —dijo, y abandonó la estancia por la puerta tras su escritorio.

Los maestros le siguieron y Martin acompañó a los antiguos pupilos a la puerta. Charlaban emocionados, aliviados y encantados de haber sido admitidos por los maestros que habían escogido.

Will se quedó rezagado del resto, vacilando mientras pasaba por delante de la mesa sobre la que aún descansaba la hoja de papel. La miró por un momento, como si de alguna forma fuera capaz de entender las palabras escritas en el an-

verso. Tuvo entonces la misma sensación que había percibido antes, que alguien le estaba vigilando. Levantó la vista y se encontró contemplando los oscuros ojos del montaraz, que permanecía detrás del alto respaldo del sillón del barón, casi invisible en su extraña capa.

Will se estremeció en un repentino escalofrío de temor y se apresuró a salir de la estancia.